

EDITORIAL

LOS INTELLECTUALES Y LA CUESTION SOCIAL

No caen fuera de lugar, en este número veraniego de nuestra revista, algunas consideraciones que comenten este encabezamiento editorial.

Por una parte, la actividad intelectual es probablemente la que más se ejercita en el tiempo estival en forma de recreo o pasatiempo elevado y agradable, como el otium de los latinos, o la scholé —de donde nuestra escuela— entre los griegos.

Por otra parte, ¿no vamos a ver con ojos de problema social más que las minas y los tugurios, las grandes fábricas o las entidades bancarias? También el mundo de los que piensan, que con simpatía vemos especialmente de moda en tantos cursos de verano, de variada índole por toda España en cuanto a su materia, y de diverso ámbito que a veces llega a internacional, va a ser considerado en estas líneas como campo abonado, plantado y regado, en el que, junto con una vistosa floración de pensamientos, germina por desgracia la mala hierba de la cuestión social.

El desarrollo mecánico de la industria textil transformó los pacíficos talleres familiares de antaño en ingentes ergástulos de proletarios. Textil también, en sentido intelectual, es la actividad literaria, científica, filosófica; y va encontrando su racionalización cuasimecánica al estructurar y organizar su trabajo en un equipo, que es el telar en que la trama ya complicada del razonamiento individual se entrecruza con la múltiple

urdimbre de datos o teorías aportados por los demás colaboradores en esta nueva factoría de ideas.

Sería erróneo el prolongar hasta la exageración el paralelismo entre estas dos revoluciones. Pero si es industrial la primera e intelectual la segunda, una y otra remolcan tras sí notorias consecuencias económicas y sociales. Una y otra son humanas, y nos aparecen tipificadas con apreciable uniformidad.

Hoy en lo intelectual, lo mismo que en la siderurgia, un talento bien dotado no está por ello capacitado para competir desde el taller doméstico —que aquí es una limitada biblioteca, o poco más— con esas unidades productoras de orden superior, que en nuestro caso son llamadas Servicios de Estudios, Institutos o Seminarios políticos y filosóficos. Y el incorporarse a estos centros será en su caso garantía de superior fecundidad, pero también menoscabo de su personal iniciativa y quizá proletarización de su actividad. ¿Cómo no considerar proletarizada su producción en casos en que toda ella figura luego hacia el público suscrita por un solo nombre —por reconocida que sea la labor directora de éste—, o incluso trabajos estrictamente personales de un alumno o colaborador han de ver su luz cabe la firma exclusiva del prestigioso maestro?

“Unos cuantos hombres opulentos y riquísimos —decía León XIII— han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos.” No carecería de verdad a nuestro propósito el deplorar los vejámenes de tipo humano a que está sujeto nuestro proletario intelectual. Si está mucho más distante de la esclavitud que los trabajadores de fin de siglo, cierto que se hallan en el mismo camino aquéllos a quienes la arbitraria falta de puntualidad del maestro obliga de continuo a esperas eternas, o quien debe resignarse a perder la partida de tennis cuando tiene por adversario en el deporte al que es su director en el laboratorio.

Hay además una característica que agrava la responsabilidad social de la alta intelectualidad de un país. La técnica con frecuencia hay que subordinarla a los intereses económicos;

y la mayor ganancia o pérdida que se espera es legítimamente decisiva en la adopción de un método o en la preferencia de una mercancía. En cambio, los que se dedican a la noble búsqueda de la sabiduría en sus más elevadas cumbres, aun aspirando legítimamente a ganarse la vida con tal profesión, no pueden fabricar el sistema filosófico más rentable ni abogar en nombre de la ciencia por los criterios políticos, artísticos o religiosos que más dinero produzcan. Se han salido —se han liberado— de las regiones inferiores en que la economía, o la propaganda de popularidad, dominaba con atribuciones casi dictatoriales. Pero tal liberación les obliga a no mercantilizar lo trascendente. Si el buen sentido social fulmina sin discusión su anatema sobre el juego sucio con las divisas, la chapa o el cemento, la jugada será tanto más censurable en lo intelectual cuanto más inmutables e independientes son los principios y más funestas las consecuencias de atentar contra los fundamentos mismos de la verdad. Más grave daño, sin comparación, acarrear a la sociedad los que especulan con las ideas que los contrabandistas de tabaco. Auténticos roedores de monedas, más perniciosos que los del medievo, son los que menoscaban disimuladamente el patrón perenne de la vida y falsean el sistema métrico de los auténticos valores humanos.

El paralelismo podría aún continuarse. Las rencillas intra-profesionales, manifestación intelectual de lo que vulgarmente llamamos la lucha por la vida, y económicamente la concurrencia entre los diversos competidores, enfrenta a veces con pasión no tan metafísica a diversas escuelas filosóficas, o a los cultivadores de la poesía o la música. Los grupos financieros potentes en un sistema acentuadamente capitalista encuentran también su parecido en algunos centros de influencia intelectual que, tendiendo a conseguir el control ideológico de la sociedad, no buscan a veces en definitiva sino lo que atrae a todo hombre en la verbena de este mundo: el dinero, la fama y el poderío.

Y tampoco absolveríamos de todo vicio a los proletarios de la intelectualidad, devotos observantes tantas veces de la ley del mínimo esfuerzo, o deseosos de medrar para imponer a

otros el yugo que soportan, o afectivamente disociados de sus dirigentes. Su animosidad no es tan pronunciada como la lucha de clases obreropatronal; pero tampoco se dispensa a veces aun de manifestaciones violentas, cual sucede con cierto gamberrismo universitario.

En suma, el hombre siempre es hombre. Y cuando falta una sólida base moral y religiosa, el microtomo de lo social siempre descubrirá parejas estructuras aun en campos diversos. El problema social, por ser humano, se plantea de modo semejante. Sus manifestaciones no siempre serán idénticas; pero en el fondo siempre es lo mismo. Y su solución tendrá que ser la misma.

Redimir del pecado social la actividad del pensamiento humano no sería a la luz del mundo tarea indigna de los constructores del Quijote, de Salamanca y Alcalá, del Derecho Internacional y de la Teología Mística, que son los que cultivan hoy su ocio veraniego con el severo deporte de lo intelectual.